

### **III Semana de Adviento**

**Padre Julio Gonzalez Carretti OCD**

#### **MIERCOLES**

**a.- Is. 45, 6. 8. 18-26: Cielos, destilad el rocío.**

**b.- Lc. 7, 19-23: Anunciad a Juan lo que habéis visto y oído.**

La primera lectura nos presenta a Yahvé como único Señor de cielo y tierra y de la historia humana, espacio y tiempo en que actúa la salvación de Dios, que como rocío cae y hace germinar la justicia, es decir al Salvador. El profeta después que ha proclamado la unicidad de Dios, creador de la luz y las tinieblas, de la felicidad y la desdicha, el mal como agente purificador en las manos de Dios, toda una novedad en el pensamiento de los autores bíblicos, el profeta irrumpe en un canto que sintetiza la fe de todo israelita. Que vengan los tiempos del Mesías, que venga de lo alto, como el cielo que envía las nubes, que destilan el rocío de la mañana. Que venga esa era de paz y justicia, como obra de Yahvé, como lo fue la creación. Toda una invitación a que Yahvé actúa, lo quiere, que lo haga entonces, es la oración que implora la lluvia y el rocío vivificante de la tierra. En el trasfondo, encontramos la esperanza de los desterrados de Israel en Babilonia en el mesías, Ciro, en esa ocasión, que los liberará del yugo que los oprimía cuando los autorice a volver, pero nosotros sabemos que el verdadero Mesías Jesús el Salvador que está por venir.

En el evangelio, encontramos la pregunta del Bautista y el testimonio de Jesús. Se cumplen las palabras del profeta Isaías en estos acontecimientos. La pregunta de Juan: "Llegando donde él aquellos hombres, dijeron: Juan el Bautista nos ha enviado a decirte: ¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?" (v. 20). Estando en la cárcel, Juan Bautista se entera de los prodigios que realiza Jesús, pero su estilo de Mesías, no corresponde a lo que Israel esperaba, ni es la imagen del que está con el hacha en la mano, para arrancar el árbol que no da fruto, lo mismo el fuego y el biello, que había predicado Juan, urgiendo la conversión. Hasta el final de su existencia Juan, el precursor del Mesías, concentra en esta pregunta, su vida abierta al enviado de Dios. En esa pregunta está el sentido de toda la historia de Israel. Cuando se ha escuchado la voz de los profetas, que hablan de la futura presencia de Yahvé sobre la tierra, cuando el juicio es inminente por la lectura apocalíptica de los acontecimientos, la pregunta adquiere un sentido profundo y dinámico. Jesús ha hecho suya, la esperanza de Israel, que espera la salvación definitiva de los hombres (cfr. Is. 35, 5 y 61,1). Jesús, anuncia el evangelio, mostrando el rostro del Padre que ama a sus hijos, con amor compasivo con los más pobres y débiles, los marginados sociales, etc. Con esta inquietud en la mente y el corazón, Juan Bautista, pregunta al Señor Jesús, por medio de dos discípulos: ¿Eres tú el Mesías esperado? Tal vez el Bautista, se sentía desconcertado con el estilo de ser Mesías de Cristo. La respuesta del Maestro, no es un sí explícito ni un no rotundo, sanó a varios enfermos y ciegos, y se remite a un pasaje de Isaías: "Y les respondió: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva; y dichoso aquel que no

halle escándalo en mí!" (vv. 22-23; cfr. Is. 26,19; 35,5-6; 42,7; 61,1). Estos signos, los milagros, son la confirmación de la presencia del Reino de Dios, que llega con Jesús de Nazaret; es el Mesías esperado. Con su estilo, no quiere escandalizar a nadie, por eso dice: "Dichoso aquel que no halle escándalo en mí" (v. 23). Un Mesías, que viene a servir, amigo y hermano de los más pobres y marginado de la sociedad, porque se identifica con ellos, como había anunciado en la sinagoga de Nazaret (cfr. Lc. 4,16ss). Los signos de Cristo, no son solo de tipo religioso, como el culto: dar la salud a los enfermos, la palabra que alimenta la fe, y sobre todo, el amor del Padre, son fuente de toda liberación; liberación que se ve ofendida en la dignidad de todo ser humano que sufre hambre, falta de casa y de cariño; es el estilo de ser Mesías Salvador. Nuestro estilo de conversión, debe ir en el mismo sentido, de dar pasos hacia Dios, que viene, y hacia el hombre necesitado de hoy, que viene a nuestro encuentro.

Sor Isabel en la Navidad de 1902 escribía estos versos: "Jesús, Esplendor del Padre,/ se ha encarnado en ti./ Con la Virgen Madre/ estrecha a tu Amado,/ El es tuyo./ Oh, mensajero de este Rey que me llama,/ ¿no se llama el Esposo?/¿Qué ofrecerle en esta nueva alba?/ Me pareció tan dulce y poderoso.../Tu misión en este mundo/es de sólo saber amar,/es la de penetrar en el misterio/que El te ha venido a revelar." (Poesía 86).